



EL

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

SUMARIO. Instruccion: por don A. Pirala.—A un Gorrion (poesía), por doña Maria del Pilar Sinués de Marco.—Contra Soberbia Humildad (Segunda parte.)—La Desposada Imperial, por doña Eloisa Gattebled de Santa Coloma.—Variedades:—Modas.

INSTRUCCION.

De los afectos.

Insinuamos en nuestro anterior artículo, que la educacion é instruccion pueden modificar los sentimientos del corazon, y hasta crearlos, y citamos como ejemplo las costumbres de Esparta, que llegaron á ahogar en la mujer la ternura maternal, el entrañable é innato amor á sus hijos, por crear el amor á la patria, á la que lo sacrificaban todo, teniéndole en mas que los afectos naturales. Solo así podia inspirar mas interés á una mujer saber que Esparta habia vencido, que el que murieran sus hijos. Es digno y noble el sentimiento patriótico; pero no se necesita prescindir de él para rendir á los demas el culto que merecen.

Y era mas difícil lo que se conseguia en Esparta, que lo que recomendamos; porque si allí necesitaba violentar la naturaleza, solo deseamos se la estimule en su bondad y se la corrija en su extravio; así como el jardinero que endereza el torcido arbolito, que poda la dañada rama, y que dá formas al boj y al mirto, conservándolas ó modificándolas á su placer.

Si una persona incapaz de nobles afecto-

nes, ignora la satisfaccion que producen en el alma, la que sabe sentir las goza solo con ellas, aunque no sean correspondidas. Mas beneficios se hacen por el placer de hacerlos, que por la gratitud de haber recibido otros.

Inculcando en el corazon de la juventud tan dignos deberes, la persona que tal hace recibe en su mismo proceder el premio de su obra; porque vé reproducir sus beneficios, y si oye las bendiciones que producen, le tocan una gran parte de ellas.

Nada armoniza mas con los deberes religiosos, que alimentar en el corazon esos sentimientos de ternura y bondad, que tan arraigados suelen hallarse en la mujer y forman su mayor encanto.

Ella, cuyas armas son su misma debilidad; ella, que vence con sus lágrimas, ¿qué no conseguirá si su corazon no abriga mas que esos dulces y encantadores afectos que hacen de la mujer un ángel de bondad? Afectuosa y digna en su trato, generosa y apasionada en su amistad, tierna y noble en su amor, nada debe temer. Escudada en sus mismas acciones, ni la envidia de la necesidad, ni la ingratitud de la ignorancia, son tiros que puedan herirla, sino ladridos de los canes á la luna. Su proceder forma la aureola de su gloria, y su vida disfrutará de esa envidiable satisfac-

cion que dá la propia conciencia, que es la verdadera felicidad.

A. Pirala.

LITERATURA.

A UN GORRIÓN.

¿Qué buscas, pajarillo?
 ¿Qué buscas en mi estancia?
 ¿Por qué medroso y triste
 Bates así las alas?
 ¿Quién te persigue? acaso,
 AVECILLA CUITADA,
 Se deshizo tu nido
 Con las lluvias pasadas?
 ¿Acaso la tormenta
 Que tanto me asustaba,
 La encina ha destrozado
 Donde tú reposabas?
 ¡Infeliz AVECILLA!
 Ven, recobra la calma;
 Ven, perderás el frío
 En mi seno abrigada.
 ¡Dios mío, cómo tiembblas!
 ¡Me dan pena tus ansias!
 ¿Acaso de algún tiro
 Huiste amedrantada,
 Y perdida viniste
 A dar en mi ventana?
 Si es así, yo he formado
 En la verde enramada
 Un primoroso nido
 De nardos y de acacias
 Mezcladas con jazmines
 Y campanillas blancas.
 Su cimiento sostiene
 Dos ramas que se enlazan
 Y está cubierto de hojas
 Y yerbas perfumadas.
 A mi tórtola ausente
 Mi amor lo dedicaba,
 Porque bajo este cielo
 Creía yo encontrarla.
 ¡Há tanto que la aguardo!
 ¡Y es ella tan ingrata
 En no volver! mas esta
 Es una historia larga
 Y tus ansias mortales

Me están llegando al alma.
 Si ha deshecho tu nido
 La pasada borrasca
 Vete, pobre AVECILLA;
 La atmósfera azulada
 Cruza, y tiende en los aires
 Las plumas de tus alas.
 Vete, busca mi nido
 En la verde enramada
 Allá donde se empieza
 La vega solitaria
 Y vive en él, que nunca
 Ya tornará la ingrata
 A quien volví piadosa
 Su libertad amada,
 PIDIÉNDOLA TAN SOLO
 Que, al ver lucir el alba,
 Viniese á dar su arrullo
 Al pié de mi ventana.
 Y... mira, pajarito,
 Una jaula en mi estancia
 Ya para encarcelarte
 Tenía preparada,
 Vengando en tu inocencia
 Su ingratitud bastarda.
 Pero no, no: no quiero....
 Tiende al aire tus alas
 Vuela á buscar mi nido;
 Nada te exijo, nada,
 Para que no me faltes
 Cual ella á su palabra.
 Torna.... Cuando quisieres,
 Y si ves á la ingrata,
 Si la ves, pajarillo,
 Y es que tú puedes, tráela,
 Porque con mis caricias
 Ansío castigarla.
 Mas tus ansias mortales
 Me están llegando al alma;
 Déjame darte un beso
 En tu cabeza parda
 Y... Adios; posa en el nido
 Que formé entre las ramas
 ¡Y ojalá en él descanses
 Y halles en él la calma!

MARIA DEL PILAR SINCÉS DE MARCO.

Navarra, Octubre 1855.



CONTRA SOBERBIA HUMILDAD.

SEGUNDA PARTE.

I.

RESIGNACION.

El que no sabe llevar su cruz
no es digno de mí.

S. Luc.

La fiebre ardiente que se apoderara de la infeliz Inés en el momento de ver desvanecida la mas bella de sus esperanzas, vino á dar el último golpe á la quebrantada salud de aquel buen anciano, mimado y acariciado siempre por el ángel que Dios habia puesto á su lado, para hacerle grata la vida aun en los tristes y acibarados dias que trae siempre consigo la vejez.

Pálido, desencajado, casi estúpido, pasaba los dias y las noches velando al pié del lecho de su hija, besando la mano que la enferma agitaba con frenesí, como si hiciese señas á alguno para que se acercase, recogiendo con cariño aquellos cabellos rubios herizados por la exaltacion de la fiebre y llorando amargamente cuando la fuerza del delirio hacia prorumpir á Inés en esas horribles carcajadas, que hacen estremecer de espanto al padre y al médico, en tanto que son para los necios y los egoistas un objeto de bárbaro y sabroso pasatiempo.

En tanto, la justicia humana que nada respeta, habia llevado á cabo el secuestro con la mayor rapidez, y anonadado el anciano bajo el peso de su acerbo dolor, consintió en todo con tal que le permitiesen velar por su hija, sin pensar siquiera en lo que seria de él cuando Inés recobrase la salud, sin asustarse ya ante la dolorosa idea de tener que abandonar su casa antes de tres meses, porque tres meses era un plazo demasiado largo para quien veia desaparecer la vida por momentos.

En cuanto á la parálitica, ni siquiera se habia pensado en ella. Olvidada en su cama, resignada porque aquel olvido era motivado por el inminente peligro de su amada hija, estuvo á punto de morir de hambre, sin hacer el menor movimiento, sin dejar escapar un solo gemido.

Solo cuando el cirujano de la aldea le anunció que era muy posible que Inés se salvase, ya fuese efecto de los cuidados que se la prodigaban, ó ya por un nuevo rasgo de la misericordia divina que no habia querido abandonarlos en esta tierra de

dolores, resonó en la sala un grito singular, que no podia traducirse en ningun idioma, pero que expresaba un júbilo indecible, tierno, santificado; el júbilo de una madre que recobra á su hija. Todos volvieron repentinamente la cabeza hácia el sitio de donde habia salido aquel grito.

—Pobre mujer! exclamó el anciano estendiendo los brazos en direccion de la cama donde estaba la parálitica hecha un ovillo y sacando por fuera de la repa sus manos cruzadas como para dar gracias al Eterno.

—Pobre mujer! repitió el cirujano enternecido acercándose á la cama, estará muerta de hambre! ni siquiera nos habíamos acordado de que existia.

—¿Quereis tomar algun alimento? prosiguió enjugando una lágrima que aquella escena le habia hecho asomar á sus ojos. La parálitica hizo un gesto negativo con la cabeza, luego llevó la mano al corazon clavando los ojos en el lecho de su hija como para decirles que aquella dicha llenaba todas sus necesidades.

Sin embargo, la pobre madre se engañaba; su cuerpo fatigado por el hambre y la congoja estaba casi inanimado, y por mas que moralmente se creyese fuerte y satisfecha, la necesidad fisica la hizo desfallecer, cayendo repentinamente sobre las almohadas.

Hubo entonces un momento terrible para el anciano; fijos los ojos en su mujer que al parecer espiraba, sofocando hasta el ruido de su respiracion naturalmente fatigosa, no se atrevia á volver la vista hácia Inés que parecia recobrar la razon, de miedo de producir en ella una reaccion violenta que la llevase de nuevo á las puertas del sepulcro. Al fin, Dios tuvo piedad de aquel corazon desconsolado, y la anciana volvió á la vida antes que Inés hubiese recobrado la razon.

El primer dia en que la hermosa jóven fijó en su padre una mirada dulce y tranquila, el primer dia en que sus ojos fatigados buscaron con afan el retirado lecho de su madre para enviarle una sonrisa evanjélica, los dos ancianos creyeron morir de gozo, y ambos estendieron á un tiempo las manos para bendecir á la hija de su corazon, único bien que les quedaba sobre la tierra.

Pero á medida que Inés favorecida por la naturaleza se robustecia con la rapidez con que se regenera la vida en la juventud, la existencia del anciano debilitada por la enfermedad, por el infortunio, y mas que todo por la idea de descubrir á su hija su horrible situacion, se desplomó como un árbol minado por la raiz, y antes que Inés hubiese

podido saber hasta donde llegaba su desgracia, antes que hubiese recobrado completamente las fuerzas de que tanto necesitaba, vió espirar á su padre, bendiciendo á Dios porque le concedía la gracia de morir en la casa en que habia nacido, y legando á su hija por toda fortuna su bendicion y una madre mudá y paralítica.

Muchos dias se pasaron antes que Inés pudiese comprender á fondo toda la estension de su desgracia. Débil, sola en el mundo y sin saber cómo podria sostener á su madre, se halló en una de esas situaciones que de puro embarazosas llevan siempre consigo esa serena resignacion que presta Dios al infortunio, cuando éste se halla fortificado con los inefables consuelos de la religion.

Por eso despues de haber reflexionado en silencio durante muchas horas, se halló fuerte y tranquila, pidiendo á Dios como único bien, que le concediese la dicha de poder trabajar para hacer feliz á la pobre paralítica.

Parecióle entonces que una grotesca imágen del Crucificado que estaba colgada sobre la cabecera de su lecho, agitaba dulcemente los lábios para decirle:

—«Toma tu cruz y sígueme.»

Inés se levantó llena de esperanza, pero cuando se encaminaba al lecho de su madre se detuvo acongojada por una duda terrible. ¿Podria ella ganar lo necesario para las dos?

—Al menos, murmuró como respondiendo: Trabajaré para ella.... Dios hará lo demas.

Y acercándose resueltamente á la cama de su madre, le cogió ambas manos entre las suyas cubriéndolas de besos y exclamando con un acento lleno de ternura:

—Madre mia!

La paralítica la miró con una expresion parecida á la idolatría, y por medio de una contraccion horrible logró enlazar sus brazos un momento al cuello de su hija. Pero aquel esfuerzo no cabia ya en su quebrantada organizacion, y la pobre anciana cayó de nuevo en su lecho desfallecida.

La emocion que acababa de experimentar gastó sus fuerzas físicas, y á los pocos momentos se durmió tranquila pensando en su hija.

Inés velaba su sueño.

Consagrada ya únicamente al cuidado de la pobre enferma, se encaminó de puntillas hácia un estante de pino, donde tenia colocados algunos libros de moral y religion, y tomó dos de ellos, volviendo á colocarse silenciosamente al pié del lecho de su madre.

Parecíale que necesitaba fortificar su alma con las máximas de los libros santos, y sin embargo, como su idea permanente era la de pensar en trabajar para vivir, murmuraba á cada instante:

—Soy jóven y trabajaré.... Dios hará lo demas. Y abrió al azar uno de los libros.

El primer renglon que se ofreció á sus ojos decia:

«Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.»

—¡Gracias, Dios mio! murmuró Inés, apenas acudo á vos me enviáis la esperanza.

Abrió por otro lado y leyó:

«Caminemos por la tierra como el peregrino que camina á la Ciudad Santa. ¿Qué nos importan las espinas y abrojos que encontramos en nuestra senda? Caminemos, caminemos á la Jerusalem eterna.»

Inés cerró el libro y volvió á pensar en su destino.

El demonio de la tentacion empezó á desplegar á sus ojos las riquezas y los goces de Teresa, con sus hermosos trajes, con sus magníficos saraos y sus espléndidos diamantes que brillaban como estrellas.

Por la primera vez de su vida Inés levantó los ojos y miró con tristeza las desnudas paredes de su pobre casita y el humilde lecho en que descansaba su madre.

Parecíale que su frente ardia, y para defenderse contra aquel pensamiento de fuego buscó un refugio en el libro santo, que abrió de nuevo al azar.

Y leyó:

«La figura de este mundo pasa.»

Y mas abajo:

«Ay de los que se entregan á los goces mundanos, que pasarán como ellos.»

La campana de Argandenes tocaba el *Angelus*.

Inés se arrodilló, recordando la tarde en que habia escuchado tambien aquel tañido fúnebre, tarde que habia cortado en flor la mas bella de sus ilusiones, y empezó á recitar los versículos del Evangelio con la fé de un corazon puro, que cifra en Dios todas sus esperanzas y sus aspiraciones.

(Se continuará.)

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.



LA DESPOSADA IMPERIAL.

(Anécdota de la Historia de Rusia.)

I.

CARTA DE UNA JÓVEN.

Moscow 28 de Julio de 1744.

«Primo: Sois jóven y hermoso, heredero del imperio de Rusia, comprendéis todo vuestro poder y superioridad, y esto en verdad, es demasiado para mí. Permitidme que vuelva á la oscuridad de donde me sacó la bondad de la emperatriz Isabel. Dejad que me retire á Stettin y tome otra vez mi primitivo nombre de Sofía Augusta Federica, nombre que me puso mi querida madre; mientras vos dais á la feliz esposa que elijais el de Catalina Alejandra, que habrá de llevar la futura emperatriz de Rusia.

Creedme, primo, esto no es un capricho de niña, ni nace del despecho que debió causarme vuestro proceder. No! recordad nuestra primera entrevista y comprendereis los motivos que me hacen tomar esta determinacion: porque en medio de la ceremonia de nuestros esponsales ¿recibió por ventura de vos la futura compañera de vuestra vida una sola mirada? ¿La dijisteis una palabra, un leve pensamiento? Permitidme pues que os diga, como á parte interesada lo que acaso ignorais.

Educada por mi madre, Juana Isabel de Holstein, mis únicas distracciones han sido, el estudio de las lenguas y largos paseos á pié y á caballo por las cercanías de Stettin. Ya veis que mi horizonte era bien limitado: y sin embargo, era feliz, nada mas deseaba!

Una orden de la Emperatriz de repente cambió mi destino. Una mañana, el príncipe Christian Federico de Anhalt-Zerbst-Dornberg, mi honrado padre, me llamó y me anunció que era preciso disponerme á partir para Moscow con mi madre, para allí desposarme con Pedro III, hijo de Carlos Federico, duque de Holstein Gottorp, y de Ana, hija mayor del czar Pedro I. Incliné la cabeza en señal de sumision, y al dia siguiente me puse en marcha en compañía de mi madre. A una jóven de quince años, siempre le agrada un cambio de lugar. Iba á ver la córte, una hermosa capital, y la curiosidad predispuso mi imaginacion á recibir con ansia todos cuantos placeres le fuesen ofrecidos.

Llegó el dia de nuestros esponsales. Iba á en-

contrarme por primera vez con el hombre que debia ser mi señor y mi esposo, y creedme, primo, no era únicamente curiosidad lo que agitaba mi corazon, era miedo lo que tenia.... Sentimiento hasta entonces desconocido para mí. Estaba efectivamente llena de terror cuando la Emperatriz puso mi mano en la vuestra, diciendo: «Catalina Alejandra, te desposo con mi heredero Pedro III.» No me atreví por algun tiempo á alzar la vista para mirarlos. Esperaba hallar en mi futuro esposo la terrible magestad de un Rey, unida á la graciosa indulgencia de un consorte. Juzgad de mi admiracion, cuando al decirme mi madre al oido: «No estés tan trémula, mírale!» Obedecí y ví.... perdonadme, primo.... ví á un niño.... No como yo, lleno de timidez y franqueza, pero á un niño que en su arrogancia era ya Emperador, y que si aparentaba notar mi presencia, era solo para hacerme sentir con su orgullo y altivez mi inferioridad. Era demasiado para mi sensible corazon! Aquella noche tuve mi primer pesar.

Primo, no sé si en lo sucesivo vendrán sentimientos de orgullo y ambicion á cambiar mi resolucion, pero ahora, cuando aun no soy mas que una jóven, ahora rehusó la mano de Pedro III y el Imperio de Rusia.

En la literatura y en el estudio de las artes, buscará su felicidad y su gloria futura, la que fué últimamente bautizada con el nombre de Catalina. Sed feliz primo.»

Catalina Alejandra.

Esta carta fué entregada á un oficial del Palacio Imperial para que inmediatamente la pusiese en manos del Príncipe; y la jóven que con la indiferencia de una niña acababa de rehusar un Imperio, fué con aire muy sério á buscar á su madre.

—Estoy muy desazonada, mamá, la dijo: «¿Recordais aquel pobre francés, Mr. Marcel, que me dió en Stettin, hace seis años, mi primera leccion de aquel idioma? El señor Brasdorf me ha informado de que está en Moscow, que vive con su hija detrás del Kremlin, que padece hace seis meses una parálisis en las piernas y se halla en la mayor indigencia. Le he mandado dinero con el señor Brasdorf, pero se ha negado á recibirlo diciendo que no es un mendigo. ¿Qué haré, Dios mio, para sacarle de la miseria?»

—Ah! pienso que lo mejor, sino teneis inconveniente, es que yo vuelva á tomar lecciones de francés desde mañana.

—Pero reflexiona, querida Catalina, que estan-

do Mr. Marcel baldado tendrias que ir á su casa á dar leccion, y esto seria demasiado molesto para tí.

—Oh! no importa! bien sabeis, madre mia, que me gusta mucho andar: lo que yo quisiera seria empezar hoy mismo.

—Haz lo que quieras, hija mia, y que te acompañe Mma. Brasdorff. Pero estraño que no me preguntes por el Príncipe, tu prometido esposo.

—¿A qué he de inquietarme por él, que ni siquiera se acuerda de mí? contestó Catalina sonrojándose.

—Hija mia, la dijo la princesa con dulzura, no debes formar juicios temerarios. Ciertamente es que nada has sabido de Pedro desde hace un mes; mas no ignoras que no es dueño de sí mismo, y tal vez....

—Sé muy bien lo que hay, pero dejemos á un lado á Pedro y su imperio antes que ellos á su vez me dejen á mí.

—Catalina! Catalina! replicó su madre sonriéndose; gran sorpresa tendrás de aquí á unos dias, cuando sepas una cosa de la cual no tienes ni siquiera idea en este momento. Pero anda, no te detengas mas, conozco tu impaciencia, vé, ángel mio, é infórmate de lo que puedes hacer en obsequio de tu antiguo maestro, que cuanto hicieres por él lo apruebo yo de antemano.

Catalina dió un abrazo cariñoso á su madre y no aguardó á que se lo dijese segunda vez: salió apresuradamente, y cualquiera que al poco rato se hubiese encontrado en las calles de Moscow á una jóven vestida con mucha sencillez; la cara enteramente cubierta con una capucha negra y acompañada de una mujer anciana, no hubiera podido reconocer á la futura Emperatriz de todas las Rusias, á aquella á quien Voltaire dió despues el nombre de «¡La gran Catalina!»

II.

EL PROFESOR.

Monsieur Marcel era uno de aquellos seres desgraciados que han nacido para ser pobres toda su vida, y que ignoran el medio de hacerse ricos, por la sencilla razon de que cuando tienen dinero no lo saben conservar, estando siempre prontos á dárselo al primer infeliz que se les acerque, sin acordarse de sus propias necesidades. Hombre de mucho talento, de escelente y noble corazon, vivia con una hija única, en la que concentraba todo su cariño, porque en ella, no solo hallaba la dulzura

de carácter, sino tambien el retrato de una esposa querida á quien perdiera hacia cuatro años. Estaba en el dia pobre y sin recursos, pues con motivo de su enfermedad, se veia imposibilitado de salir á dar lecciones.

Aquella misma mañana en que Catalina habia escrito la carta al Príncipe tenian la siguiente conversacion el padre y la hija.

—Angela, hija mia, tengo mucho frio.

—Y padecerás mucho ¿no es verdad? Ay! qué haria yo para procurarte algun alivio! ni siquiera ha quedado una manta en que poder envolverte!

—¿Por qué no enciendes lumbre?

—Ya no nos queda leña ni carbon: contestó la hija.

—¿No podrias comprar? siento en las piernas unos dolores tan agudos!

—No tengo ni un solo kopeck (1) y no nos queda nada qué vender.

—Entonces nos conformaremos con nuestra miseria.

—Pobre padre mio!

—No lo siento por mí sino por tí, ¡mi pobre Angela! tan jóven, tan buena, tan hermosa y reducida á perecer acaso de hambre y de frio! Oh! esta idea es horrible! me despedaza el corazon!... Mas si esta es la voluntad de Dios, debemos someternos á ella y no murmurar contra sus divinos decretos.

En aquel momento llamaron á la puerta, fué Angela á abrir y entró precipitadamente una jóven que, corriendo hácia el anciano se arrojó en sus brazos exclamando:

—¡Mi siempre querido maestro!

Padre é hija dieron un grito de sorpresa.

—La señorita Sofía Augusta en Moscow! dijeron á una voz.

Sentóse la jóven en la silla que la presentaban diciendo:

—Luego os contaré, amigos míos, los motivos que me han traído á la córte: lo que urge ahora y lo único que quiero, es que vos, Mr. Marcel, me deis nuevamente lecciones de francés, porque se me ha olvidado cuanto aprendí.

—Es posible! señorita, ¡qué lástima! Vos que lo hablabais tan bien!

—Culpa es de mi memoria. Vamos, empecemos ahora si gustais.

(1) Cien kopecks hacen un rublo, el rublo equivale á quince reales de nuestra moneda.

—Ahora mismo! Hablemos antes: deseo tanto oiros: tengo tanto placer en veros!

—¿Y la leccion de francés, Mr. Marcel?

—Mañana podemos principiar.

—No, no: es necesario empezar hoy, de lo contrario yo perderia una leccion y vos unos cuantos solotnicks (1).

—El placer de hablar con vos vale mas que todos los solotnicks del mundo.

—Tan bueno y tan desinteresado como siempre! Bien, aguardaremos hasta mañana, pero entretanto, aquí teneis algunos rublos: tomad mi querida Angela, y puso un bolsillo en manos de la jóven, luego añadió volviéndose hácia el profesor.—Dádmeme en cambio unas cuantas lecciones.

—Ah! no debeis pagar adelantado, señorita Sofia, dijo Mr. Marcel.

—Los maestros en general son pobres y necesitan el dinero.

—No os lo puedo negar, mi querida discípula, soy muy pobre, pero tambien soy viejo, puedo morir antes de....

—Entonces manos á la obra y no perdamos tiempo, contestó Catalina alegremente.

—Y comenzaron la leccion.

—Señorita, no habeis olvidado nada, sabeis cuanto puedo enseñaros.

—Podrá ser, pero á mí me parece que sé poco y quiero aprender mas.

Catalina desde entonces iba todas las mañanas á ver á Mr. Marcel, quien la dijo un dia:

—Habeis traído la felicidad á mi casa; y tengo otro discípulo:

—Quién es? preguntó Catalina.

—No recuerdo su nombre. Es un pobre jóven, muy feo y que parece medio estúpido. Juzgo que necesitará mucho tiempo para entender medianamente las reglas de la gramática francesa; y en verdad, si no fuese por Angela, que viendo nuestra triste posicion no quiere desperdiciar ningun recurso para ganar algun dinero, creo que ya le habria desengañado y no le daria mas lecciones.

—Angela tiene muchísima razon, respondió Catalina.

—Le acompaña otro jóven á quien llaman Federico y que debe ser algun boyardo, á juzgarlo por sus modales distinguidos y por la finura con que se espresa: se ha educado en la córte de Francia, donde su padre tuvo que permanecer algunos

años por asuntos de interés; hace ya cuatro años que regresó á Moscow, y viene aquí con su amigo con el solo objeto de hablar para no olvidar lo que sabe.

—Me alegro, Mr. Marcel, de haberos traído la dicha. ¡Ojalá vengan muchos discípulos, que mis mayores deseos son miraros feliz y que mi querida Angela recobre aquella tranquilidad, aquella alegría que disfrutaba cuando, en otro tiempo, era mi compañera en mis paseos solitarios, y cuando, mezclándose á mis juegos infantiles, nos contemplaban con lágrimas de ternura su querida madre y la mia.

—Es que desde entonces mi pobre hija y yo no hemos dejado de padecer: ella sobre todo! contestó el anciano con voz conmovida.

—Vamos, tranquilizáos, Mr. Marcel, y ánimo. Sobre todo, tened paciencia con vuestro nuevo discípulo, que acaso logreis, á pesar de su estupidez, inculcarle el hermoso idioma que le enseñais. Adios, que ya es hora de que me retire, y me espera Mma. Brasdorff.

(Se continuará.)

ELOISA GATTEBLEDE DE SANTA COLOMA.

VARIETADES.

El célebre Torcuato Taso, inspirado autor de la *Jerusalem Libertada*, llegó á verse reducido á tal estado de indigencia, que en cierta ocasion tuvo que pedir prestada á uno de sus amigos la cantidad de seis francos (cantidad módica por cierto), para poder subsistir durante una semana. El inmortal poeta alude á su terrible penuria en un bello soneto dedicado á su gato, para pedirle que le alumbrase por la noche con la claridad de sus ojos: *Non avendo candele per iscrevere i suoi versi!* «No teniendo vela á cuya luz escribir sus versos!»

Johnson, Milton y Goldsmith, cuyas producciones elevan á tanta altura la literatura inglesa, se vieron muchas veces rodeados de la mas terrible estrechez. ¿Y qué diríamos del gran Homero, autor de los dos mejores poemas que nos ha legado la antigüedad griega, la *Iliada* y la *Odisea*? Este poeta, cuyas dos citadas producciones fueron los primeros modelos de la poesia épica ó heróica, se vió al fin de su vida reducido á la mendicidad y á cantar varios trozos de sus admirables poemas en las calles públicas, para procurarse un

(1) Cuatro solotnicks hacen un rublo.

mezquino sustento, entre sus ingratos compatriotas. ¡ Triste indemnización á tanta ingratitud fué, en verdad, el vivo empeño con que siete ciudades de Grecia reclamaron despues de la muerte del cantor de sus glorias nacionales el honor de haberle servido de cuna !

MODAS.

Con la venida de la primavera el teatro de la naturaleza cambia por completo sus decoraciones, y necesariamente los trajes de los actores han de guardar armonía con esta trasformacion. Entre el verde follaje de los bosques, impregnado del suave aroma de las lilas, y en donde todo respira juventud y lozanía, estaria fuera de su lugar un sombrero ajado, un vestido deslucido. Así es, que las modistas solo se ocupan ya de trajes lijeros y sencillos para los paseos matinales en el Retiro, y de otros mas elegantes, aunque lijeros, que han de lucirse en el *Dos de Mayo*.

La Moda de primavera debe ser modesta y risueña, como la jóven que hace su entrada en el gran mundo. Cuanto mas sencillo es un traje, es tanto mas lindo y distinguido en la estacion de las flores. Así, al menos, se anuncia la Moda nueva, con un vestido de seda liso, con volantes picados, y tan económico que le basta un solo lazo de cinta en la manga por todo adorno. No por eso creais, amables lectoras, que renuncia á atavios mas recargados, pues si admite esta sencillez en la falda con volantes, por la forma airosa que le presta, requiere en las lisas mas profusion de adornos, que consisten en huecos y rizados de diferentes disposiciones.

A este género pertenecen las del vestido cuyo patron repartimos con este número. Es para un traje al estilo de Cárlos VII, con cuerpo de cotilla, que muy entallado, y pasando de la cintura, tiene el contorno guarnecido de un afollado, que se repite en la pegadura de la manga, y entre ésta y el volante: otros mas anchos se colocan sobre las costuras de la falda. El pecho va ajustado con botones de seda, ó de piedras.

Como la estacion no se fija todavía, la Moda está tambien *entre dos aguas*, es decir, que no puede despojarse completamente de los abrigos.

Sobre un vestido de grós, color de pensamiento, con tres volantes guarnecidos de una cinta de terciopelo negro, á cuadros, en fondo de gasa, y de cuerpo alto, abotonado por delante, bien entallado y sin aldeta, es de muy buen efecto una manteleta de tafetan negro. Guarnecida de la misma cinta que el vestido, casi alta por detrás, y quedándose un poco mas baja que el cuello de muselina, deja por delante descubierto el pecho, terminando en punta el delantero. Una tira estrecha cortada de la cinta, cubre la pegadura de un fleco, que figura tirantes, partiendo desde el talle por delante y bajando por detrás formando punta, sobre un volante, redondeado y armado en pliegues gruesos. En cada hombro, y debajo del flequillo, sale una especie de manga cuadrada, que forma dos gruesos pliegues sobre el brazo, y en el medio de cada uno de ellos va una hilera de botones de seda: dos hileras de los mismos cubren la costura del hombro. La cinta que guarnece la manteleta, manga y volaute va pegada lisa á un centímetro de la orilla.

Un sombrero de grós blanco con adornos de blonda y rosas completa este traje: el bavolet es muy grande, y va cubierto de tres órdenes de blondas, terminando con otra mas ancha: entre las blondas del interior del ala, se coloca al lado izquierdo un lazo de terciopelo negro.

Para traje de casa es muy á propósito en estas mañanas frescas una chaqueta de tela de lana labrada, con adornos de pasamanería: muy ajustada al talle, por delante y por detrás, y sin costura en la espalda, su aldeta, de forma redonda, se prolonga por detrás, lisa y sin formar pliegues, con dos botones en el talle: el cuello dobla como el de un frac y cuadrado, figura solapa que cruza de derecha á izquierda con tres botones en el pecho; la manga ensancha en el bajo, con una grande vuelta. Una falda de tafetan negro va bien con este traje, y en la cabeza adornos de encaje negro, con cintas de seda verdes, que cubran el moño.

AURORA PEREZ MIRON.

